

092. Perdonados...

Aquel niño travieso, de solo once años, se pasó la tarde ante el televisor viendo películas atrevidas, todas de mucha violencia. Y por la noche, a soñar. Y al día siguiente, a poner por obra sus planes. Tuvo suficiente con una caja de fósforos y un trapo que empapó en gasolina, sacada del auto de su papá. En plena ciudad, prende fuego al paquete, lo arroja atinadamente en una gasolinera, se incendia toda la estación, se propaga el fuego a varios edificios vecinos, y toda una hecatombe en aquel sector urbano.

- *¿Por qué has hecho esto?*, preguntan al chicuelo criminal.
- *Porque he querido, porque pensé que sería muy divertido.*
- *¿Y sabes que ahora hay que pagar todo esto?*
- *Yo no tengo dinero, yo no puedo pagar nada.*

El santo misionero interrumpió su narración de esta manera:

* *¿Ven ustedes? Esta es nuestra situación ante Dios, y por eso Jesucristo puso en nuestros labios la plegaria: “¡Perdona nuestras ofensas!”...*

Hemos tenido capacidad para cometer un destrozo con nuestro pecado, pero no podemos rehacer nada de nuestro mal. Al pequeño de la aventura le salvó la bondad de la sociedad, que en un correccional de menores reorientó su vida; a nosotros nos salva la bondad de un Dios, que en vez del castigo implacable nos alarga su perdón generoso, sin el cual estaríamos perdidos irremisiblemente.

Hasta aquí lo que contaba el misionero.

Nuestro atrevimiento para hacer el mal ha sido grande. ¿Quién lo repara?...

Pero Dios es todo compasión y misericordia.

Y en esta doble confesión de nuestra miseria y de la bondad de Dios está el agarradero de nuestra salvación, manifestada en Jesucristo y realizada por Él, como nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica:

- *Nuestra esperanza es firme porque en Jesucristo tenemos la redención, la remisión de nuestros pecados* (CatIC 2839).

Sin un Jesucristo clavado en cruz, y siempre a la vista, no sabemos dónde podría radicar nuestra esperanza... Porque el pecado es mucho mayor que nosotros, y no podemos con él. Pero la bondad y el poder de Dios son inmensamente más grandes que nuestra malicia.

En las montañas de Colombia —en aquellos días ya lejanos de la violencia—, se hallaba gravemente enfermo un bandolero que, ante la muerte que se le echaba encima, pide a sus compañeros —de la misma catadura moral, pero creyentes al fin y al cabo— que llamen al sacerdote, al que dice, delante de todos:

- *Padre, no le voy a mentir. Cargo sobre mi conciencia todos los crímenes que usted se imagina. Mataba porque tenía que matar, sin más razones; violaba porque tenía que ser el más descarado de todos; robaba porque no quería dejar a nadie en paz... Esto, y no otra cosa, he sido yo.*

Así hablaba, y prosiguió:

- *Pero, saquen lo que llevo en esa mochila...*

No salió ninguna pistola, sino un Crucifijo de regulares proporciones. Y dice:

- *¿Ve, Padre? Lo teníamos colgado en la pared de mi casa, y se lo quité a mi madre cuando me fui. Me daba mucha pena, pero más de una vez le he dado un beso. Yo sé que este mi Cristo no me puede echar en el fuego después que murió por mí* (En el Huila. Modifico algunas circunstancias, de lo que me contó el sacerdote. P.G. Cmf)

El Papa Juan Pablo II expuso en una de sus catequesis el Salmo 50, el famoso “Miserere”, *el más intenso y repetido Salmo penitencial, el canto del pecado y del perdón, la meditación más profunda sobre la culpa y sobre la gracia.*

Miles de asistentes, a través de los altoparlantes en la Plaza del Vaticano, escuchaban al Papa, que dictaba conmovido el significado de tres palabras clave de ese canto inmortal:

- ¡El pecado! Un desviarse del fin, un equivocar el objetivo de la vida...
- ¡El pecado! Una desviación tortuosa del camino, que lleva al desastre...
- ¡El pecado! Una rebelión contra Dios, que manda, y no se le quiere obedecer...

Pero sobre la maldad del hombre, se alza la bondad inmensa de Dios, que, al perdonar, no sólo quita el pecado, hasta erradicarlo, sino que infunde su Espíritu vivificante para crear un *corazón nuevo*, un *corazón puro*.

Es el Médico, del cual no necesitan los sanos, sino los enfermos.

El pecador que dice *¡Perdóname!*, se presenta ante Dios con toda su inmundicia desnuda, pero con la confianza de no ser rechazado.

¿Y qué hace Dios, cómo responde Dios ante ese miserable? Lo dicen otras tres palabras clave de ese Salmo que no se cae de los labios de los pecadores, que lo somos todos:

- *cancela*, ¡y se acabó la deuda contraída para el día de las cuentas!...
- *lava*, ¡nada menos que con un detergente como la Sangre de Cristo!...
- *limpia*, ¡dejando al culpable resplandeciente con belleza sin igual...

Lengua, labios, corazón, todo el ser del pecador se ha transformado y se ha vuelto capaz de cantar por siempre las misericordias del Señor.

Así el Papa, en aquella Audiencia General (24-X-2001)

Jesucristo, con ese “*Perdona nuestras ofensas*” que puso en nuestros labios, nos ha hecho capaces de desarmar a Dios, lo cual no es una pequeña aventura...

Como el muchachito del cuento en la gasolinera, éramos conscientes del mal que hacíamos, pero no éramos capaces de medir las consecuencias de nuestro proceder. Por eso, no le sobraba razón al que pagaba por nosotros, cuando decía, colgado en la cruz:

- *¡Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen!...*

Si no sabíamos lo que hacíamos al cometer los disparates, sabemos muy bien lo que hacemos cuando decimos serenos, confiados, lo que Jesucristo nos dicta en su oración: *¡Perdónanos!...*